

# LOS PROYECTOS NACIONALISTAS 1830-1930

**ASCENSIÓN MARTÍNEZ RIAZA**

Universidad Complutense de Madrid

## «Démonos un Estado, construyamos una nación»

Con esa meta en el horizonte arrancaron a la vida independiente los territorios que habían pertenecido durante tres siglos al sistema español. La quiebra del Antiguo Régimen y la entrada en la modernidad política, gestada en el marco del liberalismo doceañista, se proyectarían en el «hemisferio americano» donde los súbditos se convirtieron en ciudadanos que reivindicaron su capacidad y derechos para constituir naciones soberanas. ¿Pero qué naciones? ¿Cómo se entendieron y formularon en distintos espacios y coyunturas? Las propuestas fueron diversas como lo eran las élites que las elaboraron. Nación cívica *versus* nación étnica, nación política *versus* nación cultural fueron binomios explicativos que hubieron de habérselas con el envite de realidades heterogéneas, cambiantes y complejas. Los caminos por los que transitaron las incipientes repúblicas concatenaron memorias e identidades en continuo desasosiego, alternando y superponiendo tradición y modernidad, razón y fe, letras y armas.

Discursos nacionales, proyectos nacionales, prácticas nacionales, historias nacionales. Sus artífices fueron políticos e intelectuales que tuvieron capacidad y posibilidades de influir sobre su realidad a través de distintas plataformas (la Academia, la política y los medios de comunicación). Trataron la representación, la ciudadanía, la legitimación jurídica, la organización social, la definición de la esfera pública, la función de la educación y la economía, estableciendo prioridades pero con la preocupación compartida de conciliar las formas de gobierno y los valores republicanos. Muchos conocieron personalmente otras experiencias, tanto europeas como americanas, y las adaptaron a sus países con una tendencia a la moderación acorde con las situaciones en las que vivían. En su escenificación, algunos se adelantaron al tiempo histórico, como si a fuerza de proyectos se pudiera modelar el presente; otros se sumergieron en la trama de los acontecimientos priorizando los diagnósticos a las expectativas. La literatura especializada los ha situado en corrientes e

ideologías, en historias de la literatura, del pensamiento, de la política o en el más amplio espectro de la cultura. Y desde luego, en la historia de la historia, la historiografía.

Las *historias nacionales* corrieron parejas a los derroteros de los Estados-nación, a los que dieron soporte y/o cuestionaron, llegando a establecerse una estrecha relación entre historia y política. Tras la independencia, la tendencia inicial fue mirar hacia adentro y las primeras historias fueron selectivas, con enaltecimientos y ocultaciones, narraciones convenidas que pasaban por interiorizar elementos de identidad mediante la adscripción a símbolos que alentaran la «pertenencia a». La bandera, el himno, los ritos, los héroes y las tumbas planearon por encima de las diferencias convocando a la patria como herencia y responsabilidad de futuro. En México y los países andinos, el pasado prehispánico se instrumentalizó en la «reconstrucción de los orígenes» como un argumento que mostraba al mundo la grandeza de pertenecer a civilizaciones superiores. Los próceres de la Independencia se fueron sumando al Olimpo de los héroes: en 1844 san Martín dejaba en su testamento su espada al caudillo Rosas y pedía ser enterrado en Buenos Aires, a donde llegaría en 1880; en una Venezuela dividida, el traslado de los restos de Bolívar desde Santa Marta, en Colombia, a Caracas en 1842 fue un reclamo para la conciliación, y durante la segunda mitad del siglo XIX otros países se adhirieron al culto al Libertador del Norte, el más inmortalizado en pinturas y monumentos. Las historias nacionales fueron incorporando progresivamente a otros grandes hombres que defendieron a la patria, ya fuera de desórdenes internos o de la agresión de países vecinos. Eran los buenos republicanos a imitar, fueran vencedores o vencidos.

El sistema educativo se convirtió en correa de transmisión de valores que eran al tiempo mecanismos de control social. La formación de ciudadanos útiles y activos, que fue una constante de los proyectos modernizadores, no fue incompatible con las trabas a la incorporación real de la población. En la esfera pública la prensa fue ganando posiciones y fue el medio en el que se editaron algunas de las más señeras piezas del nacionalismo. Las revistas ilustradas se convirtieron en carta de presentación de los logros de la nación civilizada difundiendo imágenes de países prósperos e industriales. Pinturas y grabados mostraban paisajes idílicos en los que los indígenas aparecían sosegados y acomodados a su suerte, mientras hacendados, mineros y viajeros disfrutaban de las bondades de la tierra. Más tarde, la fotografía, implacable, captaría y difundiría una realidad menos amable.

## **Nación liberal, país civilizado**

Concluido el proceso de independencia y fracasados los planes continentales de San Martín y Bolívar, los discursos y prácticas nacionales se abrieron paso en medio de la incertidumbre y de las luchas por el poder que planearon sobre los intentos de diseñar modelos funcionales. En tiempos de definición se debatieron encendidamente los significados de Patria, Nación y Estado, que en la segunda mitad del siglo XIX tenderían a unificarse. Adoptado, con excepción del Brasil, el sistema político republicano, hubo que optar por la fórmula centralista o federalista. En líneas generales, los autodenominados conservadores prefirieron el centralismo, seguros de que un gobierno fuerte daría la necesaria estabilidad, mientras que los liberales se decantaron por el federalismo.

Gradualmente, y con diferenciaciones regionales, los pactos entre facciones facilitaron el camino a los *Estados modernos*. El modelo más extendido fue el liberal, vinculado a la soberanía sobre un territorio, una población y unos recursos, y legitimado a través de un cuerpo legislativo y la ley de leyes, la Constitución. El proceso civilizatorio enarboló la bandera del progreso, que fue el motor de buena parte de los proyectos nacionalistas. En su nombre se exploraron espacios y se levantaron mapas, el caballo de hierro irrumpió en «tierra ignota», se multiplicaron los centros urbanos, se aprovecharon los recursos naturales, se fomentó la colonización mediante políticas inmigratorias selectivas, se abolió la esclavitud negra y se abordó la cuestión indígena.

La nación política se propuso eliminar diferencias (que no integrar a los diferentes). Para ello actuaron conjuntamente las leyes, el aparato administrativo, el sistema educativo y los ejércitos. En los países de importante base indígena se procedió a la «igualación social» (homogeneización), suprimiendo fórmulas consideradas atávicas, como las comunidades o el tributo. En otros, como Argentina, la expansión de la frontera civilizadora llevó aparejada la guerra contra el indio y su exterminio. Por unas u otras razones, a lo largo del continente los indígenas fueron considerados elementos retardatorios y mediante sistemas restrictivos, como el electoral, se les relegó como actores políticos.

En los tiempos iniciales se significaron propuestas conservadoras que entendieron que era preciso no quebrantar el orden natural de las cosas, manteniendo, en el marco de la independencia política, elementos del sistema colonial como la religión y las costumbres. Lucas Alamán (1792-1853), en *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, publicada entre 1849 y 1852, mostraba su desacuerdo con el curso que siguió la independencia desde la rebelión del cura Hidalgo, al que condenaba sin reservas porque había incitado a los indígenas a la sublevación. La situación caótica de México se debía a la ruptura del pacto social que había trastocado el estado político y civil y atacado las creencias religiosas y los usos establecidos. Alamán no llegaría a conocer al México de la Reforma, la república práctica y federal en la que, a través de una batería de leyes, políticos y letrados liderados por Benito Juárez, un indio zapoteca, socavarían los cimientos de tiempos pasados.

En el Perú se abrió paso un discurso nacionalista republicano que dotó de un manto de legitimidad a diferentes proyectos de país. Las correlaciones no siempre obedecieron a la lógica esperada y así, la modernización liberal de los gobiernos de Ramón Castilla encontró justificación ideológica en el discurso conservador de Bartolomé Herrera (1808-1864) que, como Alamán, no dudó en reconocer las bondades de la tradición española que había dado un sólido sustrato a la nación peruana. Para contrarrestarle y liderar el nacionalismo liberal, un español, Sebastián Lorente (1813-1884), dirigió instituciones educativas y escribió sobre la historia del Perú, rescatando por un lado la comunidad de valores compartidos que se había configurado durante la dominación hispana y por otro, la grandeza de la civilización incaica, que no se compadecía con el estado de degeneración de los pobladores andinos, quienes habían perdido sus aptitudes ancestrales.

En otras circunstancias, en la década de 1830, se instalaba en Chile una república conservadora, gracias al consenso de los grupos dominantes, que daría al país una especial estabilidad. En un marco de libertades que hicieron de Santiago centro de desarrollo



Adamo Tadolini  
*Monumento a Simón Bolívar*  
(Lima), 1859  
Archivo CEDODAL

Edoardo Rubino  
*Mausoleo de Bartolomé Mitre*  
(Cementerio de la Recoleta,  
Buenos Aires), 1938  
Archivo CEDODAL

intelectual y educativo, los liberales moderados pudieron presentar sus proyectos. El venezolano Andrés Bello (1781-1865), optimista sobre las posibilidades de lograr una reunión de naciones unidas por vínculos culturales, eligió Chile para desplegar sus alternativas. Por su parte, José Victorino Lastarria (1817-1888) y Francisco Bilbao (1823-1865) situaron a la educación, el medio idóneo para lograr el progreso y conjurar la anarquía, en la cima de los valores republicanos. En *Estudios históricos* (1909), Lastarria hacía su particular análisis de la Patria Vieja y confería a la historia la función de difundir el ideario liberal y contribuir al desarrollo de una democracia republicana en la que el indígena podría encontrar el lugar que le arrebató la conquista. Más radical fue su discípulo Francisco Bilbao —*Sociabilidad chilena* (1844), *América en peligro* (1862) y *El evangelio americano* (1864) fueron expresión de un liberalismo antiespañol y anticlerical—, partidario de un proyecto «socialista» opuesto al elaborado por Sarmiento, con quien sostuvo una larga y encendida polémica. América estaba en peligro por la alianza entre la Iglesia y el imperialismo europeo, y el remedio estaba en hacer una síntesis entre lo positivo que ofrecían los vecinos del norte y la cultura latina para configurar una civilización con identidad propia, una suerte de federación latinoamericana que funcionara con elementos comunes: un Congreso, una ciudadanía, un sistema educativo y ciertas fórmulas económicas.

Al otro lado de los Andes, en el Río de la Plata, la independencia política dejó una secuela de continuos enfrentamientos entre el Interior, el Litoral y Buenos Aires. En este contexto, a partir de 1835 se afirmó Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires y promotor de un nacionalismo provinciano autoritario y excluyente. Esteban Echeverría (1805-1851), Juan Bautista Alberdi (1810-1884) y Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), luchadores antirrosistas, coincidieron en elaborar proyectos nacionales en los que atribuían a la herencia española los anclajes que lastraban el progreso. Los tres entendieron que el nacionalismo argentino se sustentaba en el movimiento criollo de Mayo de 1810, que había sido destruido por las luchas entre facciones. Echeverría, en *Dogma socialista* (1846), pensaba el progreso a partir de la «ley ideal» (el cristianismo) y la «ley positiva», y de un gobierno democrático ilustrado. Desde el aprendizaje de la experiencia europea, América debía responder a sus propios retos; como Bilbao, proponía una vía «socialista» en la que el pueblo, conducido por una vanguardia preparada, podría mediante la educación y la religión avanzar hacia la igualdad de clases y la democracia. Las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* de Alberdi se dieron a conocer en Valparaíso en 1852 y tuvieron una aplicación inmediata ya que fueron utilizadas en la elaboración de la Constitución federal de Argentina de 1853. La nación criolla a la que aspiraba Alberdi habría de nutrirse de influencias europeas y norteamericanas pero su origen estaba en los logros de 1810. Alberdi, como tantos otros a lo largo y ancho del continente, defendía que en Argentina «gobernar era poblar», y para ello no podía acudir al roto, ni al gaucho, ni al cholo, sino a una inmigración selecta, preferentemente de procedencia anglosajona. El gobierno debía actuar con independencia de la voluntad del pueblo, sin pacto social y con un liderazgo que condujera a las bases sociales con pulso firme porque no había que hacer un gobierno para el pueblo sino un pueblo para el gobierno.

Sarmiento nació cuando las Provincias Unidas del Río de la Plata iniciaban su trayectoria independiente y fue testigo y actor de la etapa de guerras civiles, de definición republicana y de crecimiento agroexportador. Su obra universal, *Civilización i barbarie: Vida de Juan*

*Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres, y ábitos de la República Argentina* apareció en 1845 en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile, ciudad en la que se encontraba exiliado. Explicaba la nación en términos de la oposición entre la barbarie de la sociedad rural de los caudillos, los gauchos y los indios, y la civilización, representada por las ciudades. La persistencia de los modos coloniales, unida a las condiciones geográficas y a la existencia de población inferior, engendró la barbarie, que sería superada mediante la introducción de pautas civilizadoras a través de la educación —la gran panacea sarmientiana—, el poblamiento con inmigrantes europeos y un gobierno ordenado, como el de los Estados Unidos. La Revolución de 1810, que había supuesto en un principio el triunfo de la ciudad criolla frente a las pautas coloniales, fue laminada por la barbarie de los caudillos rurales, de los que Facundo Quiroga, el hombre fuerte de La Rioja, era la máxima expresión. Pero el gran enemigo a batir era Rosas, que con su régimen de terror pretendía destruir el legado de Occidente, la civilización. Sarmiento tuvo oportunidad de llevar a la práctica algunos de sus proyectos cuando llegó a la presidencia de la República entre 1868 y 1874. Precisamente contra su política de exterminio de los hombres de frontera (indios y gauchos) y de sus formas de vida, José Hernández escribió en 1872, también en el exilio, *Martín Fierro*, reverso de *Facundo* por cuanto defendía los valores autóctonos frente a la crueldad del modelo civilizador. Al final de su vida, en *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883), Sarmiento se ratificaba en su convicción de que el indio pertenecía a una raza salvaje, ociosa y cobarde, que solo pretendía satisfacer las necesidades más elementales, y por ello estaba orgulloso de haber seguido la pauta de los anglosajones que no se habían degradado con el mestizaje.

Militar, político, hombre de cultura y fundador de la moderna historiografía argentina, Bartolomé Mitre (1821-1906) escribió textos de historia, persuadido de que sin conocerla no podía construirse la nación. En *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (1859) e *Historia de San Martín y de la Emancipación sudamericana* (1887-1890) recuperaba a dos de los grandes mitos fundadores. Las *Arengas de Bartolomé Mitre. Colección de discursos pronunciados desde 1848 a 1882* (1889) reunían los que consideraba grandes paradigmas de la modernización: la inmigración y la extensión educativa con el concurso de docentes extranjeros (puntos en los que coincidía con su sucesor en la presidencia de Argentina, Sarmiento), la explotación de los recursos agropecuarios, el tendido del ferrocarril, la apertura de líneas de navegación y la creación de un sistema financiero nacional.

La relación entre territorio, poblamiento y recursos, la «colonización», fue tratada ejemplarmente por el colombiano José María Samper (1828-1888), que basculó del liberalismo moderado a la adhesión, a la fuerte tradición conservadora que se hizo con el poder político a partir de la década de los ochenta. En *Apuntalamientos para la historia política y social de Nueva Granada. Desde 1810, i especialmente de la administración de 7 de marzo* (1858) y *Ensayos sobre las revoluciones políticas con un apéndice sobre la orografía* (1861) partía de las condiciones naturales de su país, que reunía «todas las maravillas de la creación», pero donde la libertad se sostenía sobre pilares muy frágiles. Para avanzar en la democracia era necesario aprender de la experiencia de la civilización europea e incorporar sus enseñanzas. Como Alamán, confería a su obra carácter científico y creía estar haciendo la primera historia de Nueva Granada. En el vecino Ecuador, Juan Montalvo (1832-1889) dedicó buena parte de su obra a atacar los regímenes caudillistas.

Su entusiasmo fue tal que tras el asesinato de uno de sus grandes enemigos políticos, el presidente Gabriel García Moreno, en 1875, sentenció: «Mi pluma le mató». *Siete tratados* (1882-1883) condensaban su personal valoración de las consecuencias negativas de la persistencia de valores señoriales hispanos entre los detentadores del poder.

### **La cara y la cruz del «Orden y progreso»**

Sin solución de continuidad, al avanzar el siglo XIX se fue extendiendo y arraigando el positivismo, con su apuesta por el método científico como el único válido para gobernar y modernizar las sociedades. Tuvo diferentes caras y expresiones, pero el referente «Orden y progreso» y la consecución de la emancipación mental aún pendiente, fueron razones de todos y formaron parte de programas de gobiernos civiles y militares. Fue la ideología de los «científicos», intelectuales orgánicos del Porfiriato en México, los que hicieron de la educación la panacea de reformas de amplio espectro. Justo Sierra (1848-1912) participó en el proceso de organización del Estado mexicano desde la liquidación del caudillismo independentista hasta el triunfo de la Revolución de 1910. Tras una etapa inicial de liberalismo radical, apostaría por los logros de la Reforma de Juárez para después auspiciar la política educativa de Porfirio Díaz, del que finalmente renegaría, en desacuerdo con una dictadura que se perpetuaba en reelecciones sin término. *México: su evolución social* (1900-1902) ofrecía una visión histórico-evolutiva de la nación con la Independencia como tiempo fundacional. Reivindicaba la historia como la ciencia que basada en el método inductivo permitía, mediante la observación y la experiencia, pasar de los hechos particulares a las leyes generales que explicaban los cambios. Proponía un México mestizo y el fortalecimiento de la nacionalidad a través de la educación porque los pueblos más civilizados eran aquellos en los que había más escuelas.

La derrota en la guerra del Pacífico frente a Chile proyectó su sombra sobre intelectuales y políticos peruanos, a los que la crisis llevó a reflexionar sobre la «realidad nacional». Manuel González Prada (1844-1918) basculó desde el positivismo a un acendrado anarquismo individualista desde el que arremetió contra el orden establecido y las bases sobre las que se sustentaba. *Páginas libres* (1894) y *Horas de lucha* (1908) son recopilaciones de discursos, ensayos y artículos periodísticos en los que pueden rastrearse unas constantes firmes: el rechazo a la tradición española, el ataque frontal contra la Iglesia católica, la denuncia de ausencia de verdaderos intereses nacionales en la oligarquía dominante, la consideración del indio como un ser explotado social y económicamente, cuya redención era posible mediante la instrucción, y la demanda del reconocimiento público de la realidad del mestizaje. Menos operativa sería su utopía anarquista de una nueva sociedad basada en la fraternidad universal, la revolución integral, con la liquidación de los mecanismos de coerción del Estado, y la educación laica para lograr la regeneración nacional.

En la Argentina del fin de siglo el liberalismo siguió siendo el credo de los grupos de poder, pero el progreso se instaló también bajo el paradigma del positivismo. Carlos Octavio Bunge (1875-1918) y José Ingenieros (1877-1925) lo siguieron para entender las grandes transformaciones que vivió el país y que debían alcanzar también a las mentalidades. Bunge se adhirió a los postulados de la sociología positivista, y en *Nuestra América. Principios de psicología individual y social* (1903) analizaba la organización política de los pueblos

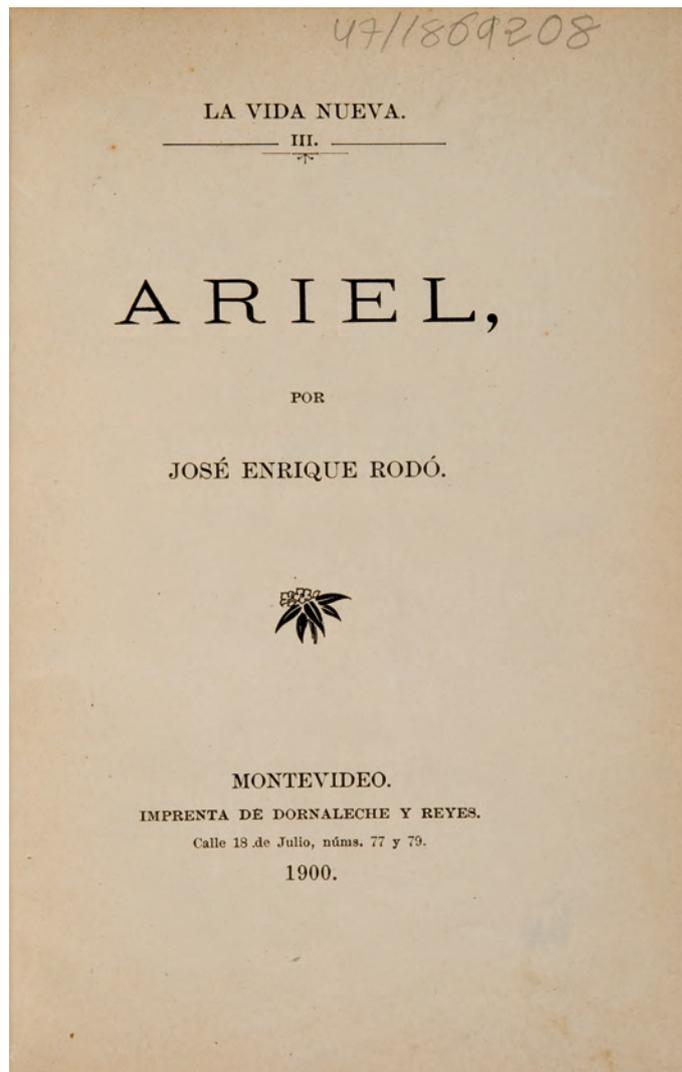
hispanoamericanos a partir de la metodología de la psicología social. Los pueblos eran producto de la etnología, la historia y la cultura, y también de la geografía, que determinaba la formación de las razas. Siguiendo las pautas dominantes, atribuía al indio pasividad y fatalismo, el negro era un ser incapaz de crear, mientras los mestizos, y sobre todo los mulatos, eran como las dos cabezas de una hidra que ahogaba a Hispanoamérica. No sucedía lo mismo en los Estados Unidos donde el puritanismo había evitado el contacto interracial y por tanto la degeneración étnica.

José Ingenieros compartió con Bunge la misma Argentina del cambio y la adscripción al positivismo, aunque mediatizado por sus intereses en el campo de la medicina psiquiátrica. *La Evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo* (1910) expresaba su confianza en los métodos científicos para propiciar el desarrollo histórico del país. Los nuevos inmigrantes, los de la fuerte raza blanca, eran los portadores del futuro, mientras los gauchos y criollos pertenecían al pasado a extinguir. Concebía una sociedad dual, con una ética para las masas conformistas y otra para las élites, que eran las depositarias de una nacionalidad moderna. Argentina, superados los conflictos sociales y beneficiada por el desarrollo agropecuario y la inmigración, consolidaría su posición hegemónica en América del Sur, haciendo frente a las veleidades expansionistas de los Estados Unidos.

Eugenio María de Hostos (1839-1903) puso las tesis y metodología del positivismo al servicio de la lucha por la libertad de las Antillas. Su oposición a la dominación española fue tan fuerte como la que sostuvo contra cualquier posibilidad de anexión a los Estados Unidos. Admiraba las libertades de los norteamericanos pero rechazaba su autoridad y supuesta fuerza moral para imponer sus valores a las islas. En *Lecciones de Derecho Constitucional* (1897) avanzaba su propuesta, según la cual, el futuro estaba en la creación de una confederación de las Antillas y en un proyecto global hispanoamericano, al que vaticinaba un mañana esperanzador: «formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos».

Las teorías positivistas tuvieron en el darwinismo social una secuela derivada de convicciones biológicas y psicológicas y de la influencia del clima y la geografía en los comportamientos humanos. El cientifismo imperante tiñó de términos médico-patológicos los títulos de obras explicativas del atraso americano. La obra de Arthur Gobineau (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, 1853-1855) y de Gustave Le Bon (*Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, 1898) encontró terreno abonado en autores que compartieron sus tesis sobre la existencia de una jerarquía de razas, marcada por características morales e intelectuales. Indios, negros y mestizos (amén de asiáticos en algunos países) se habían probado incapaces de incorporarse a los avances, mucho más incapaces todavía de impulsarlos.

Alcides Arguedas (1879-1946), seguidor de los parámetros del darwinismo social leboniano, fue el más influyente analista de la realidad boliviana de su tiempo. Su biografía cubre el arco comprendido entre dos crisis nacionales provocadas por sendas derrotas ante países vecinos, la guerra del Pacífico contra Chile (1879-1883) y la guerra del Chaco frente a Paraguay (1932-1938). *Pueblo Enfermo* (1909), que se editó en Barcelona mientras Arguedas se encontraba en el exilio, revisaba las causas del «problema nacional». Su raíz estaba en la naturaleza de las culturas autóctonas, cuyo carácter estaba determinado por el factor geográfico, que no habían conservado ninguno de los logros de las civilizaciones



Alcides Arguedas,  
*Pueblo enfermo. Contribución  
a la psicología de los pueblos  
hispano-americanos,*  
Barcelona, Vda. De Luis Tasso, 1909  
Biblioteca Nacional de España  
7/329

José Enrique Rodó,  
*Ariel,* Montevideo, Imp. de Dornaleche  
y Reyes, 1900  
Biblioteca Nacional de España  
R/63759

prehispánicas y se habían convertido en una rémora para el progreso general, aunque no dejaba de reconocer que su estado era también achacable a los abusos de los grupos de poder, especialmente los terratenientes y el clero. Arguedas se mostraba particularmente cruel con el mestizo («cholo») y contraponía las virtudes de la «sangre pura del europeo» con su degeneración y limitación mental. Por eso, para avanzar en el camino de la regeneración, se sumaba a los defensores de la inmigración selectiva. En 1919, redundaría en clave narrativa en los mismos supuestos en la novela *Raza de bronce*.

## La pluralidad reivindicada

En el gozne entre los siglos XIX y XX, el modelo dominante comenzó a ser contestado. Voces discordantes denunciaron que se había construido el *Estado* pero no la *Nación*, que debía cimentarse sobre las raíces propias y las especificidades, no sobre las exclusiones. A partir de la década de 1880, resurgieron con fuerza propuestas de una Hispanoamérica configurada en contraposición al legado colonial español y al expansionismo angloamericano. Modelos pluriculturales entraron en escena de la mano de hombres poco afectos al poder oligárquico, como Martí y Vasconcelos, pero también los asumieron otros instalados en el sistema, como Rodó o Riva Agüero. Desde diferentes contextos y con expectativas distintas contribuyeron decisivamente al fortalecimiento de la unidad mental de América Latina y a su independencia política frente a las expectativas del imperialismo de los Estados Unidos. Esgrimiendo el lema «Nuestra América» reivindicaron los valores propios frente a la importación de paradigmas foráneos.

Cuba y «Nuestra América» fueron los grandes pilares que sustentaron la ideología y la praxis del cubano José Martí (1853-1895). Formado en las teorías de Comte y sobre todo de Spencer, se separó de la interpretación que de ellas hicieron la mayoría de los positivistas para quedarse con la idea central de la libertad fundada en la responsabilidad del individuo para contribuir al progreso colectivo. Se opuso a la dicotomía civilización y barbarie y defendió la educación como camino idóneo hacia la libertad. Su compromiso con la independencia de Cuba fue muy temprano y fue el epicentro desde el cual se situó en el mundo. Martí eligió la expresión «Nuestra América» para afirmar la vigencia de una identidad común enraizada en lo mestizo. Se mostraba orgulloso de ser americano en un continente donde «no hay odio de razas porque no hay razas». Era su respuesta a los positivistas y demás «pensadores de lámparas» que se empeñaban en excluir a la mayoría de la población. Admiraba al pueblo de los Estados Unidos y a sus libertades, aunque denostaba su capitalismo feroz y su dimensión expansionista.

José Enrique Rodó (1871-1917) compartió con Martí la formación positivista, la adhesión a las tendencias modernistas y la oposición al imperialismo de los Estados Unidos. *Ariel* (1900) tomó como contrapunto a *Calibán*, escrito por Renan en 1878. En este caso, Calibán representaba a la América del Norte materialista, mientras Ariel encarnaba los valores positivos de la tradición latina. En realidad, se trataba de hacer una reflexión sobre las posibilidades de América Latina, expresión que utilizó preferentemente. Rodó dedicó *Ariel* a la juventud americana y se valió de un viejo profesor, Próspero, para transmitir su filosofía de la vida, que acentuaba la necesidad de defender la integridad y la libertad individuales, más aún en un mundo dominado por la «esclavitud materialista».

El peruano José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944) ha despertado una viva polémica entre quienes le consideran tradicional y hasta reaccionario, y los que le reconocen como gran investigador y renovador de la historia y literatura nacionales. Formaría parte de la llamada «Generación del 900» (también «Generación del Dolor») golpeada por la guerra del Pacífico y articulada en torno a la preocupación por temas centrales: la visión del Perú; la cuestión del indio y el problema multirracial, y la posición frente a la cultura occidental. En *La Historia en el Perú* (1910) apuntaba tempranamente su concepción de la nación, en un recorrido por su evolución desde los orígenes prehispánicos. Concebía el cuerpo social del Perú como «una misteriosa comunidad de edades», cuya alma aletargada los historiadores tenían que despertar. Defendía a futuro el liderazgo social de unas minorías preparadas de las que el Perú había carecido: los nobles coloniales fueron «pobres tontos», los caudillos posteriores, «brutales y rapaces», y el siglo XX estaba dominado por una detestable «mesocracia financiera». Un viaje por la sierra en 1912 (*Paisajes peruanos*, 1955) le hizo reafirmarse en que la nacionalidad no estaría definitivamente constituida hasta que no se diera la imprescindible solidaridad entre blancos, mestizos e indios. La suerte del Perú era inseparable de la del indio, escribía, y se hundiría o se redimiría con él.

Simultáneamente, los así llamados «indigenistas» vinieron a «rescatar» a las sociedades autóctonas de las garras de la civilización occidental. Lo hicieron, salvo excepciones, desde el arte y la literatura, con bellas palabras y buenas intenciones, y cuestionaron la diferencia desde un paternalismo tutelar que no dejó huellas profundas. Sí lo hizo la Revolución mexicana de 1910 que en medio de disturbios dió un lugar a «los de abajo» en reformas sociales, económicas y políticas. Los pintores muralistas ofrecieron al mundo la cara y cruz de un país desgarrado por la explotación de unos mexicanos por otros, y desde el ensayo, José Vaconcelos (1882-1959) miró hacia delante en *La raza cósmica* (1925), en el entendimiento de que el indígena formaba parte de una América mestiza racial y culturalmente, una América en la que la fuerza estaba en ser crisol de razas.

Un nuevo desafío venía gestándose, el socialismo, que abierto a las influencias internacionales ponía a la realidad nacional en el primer lugar de las prioridades y pretendía romper con modelos de nación restringidos y excluyentes. Luis Emilio Recabarren (1876-1924), en Chile, y Juan B. Justo (1865-1928), en Argentina, pusieron su empeño en dar a los sectores populares el espacio al que tenían derecho legítimo. El marxismo, que cundiría desde la década de 1920 abanderado por los partidos comunistas, no hacía discriminación de razas pero entendía que la revolución habría de estar liderada por el incipiente proletariado. Otra fue la manera de entender la revolución de José Carlos Mariátegui (1894-1930), autor de la primera historia marxista latinoamericana, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Hundiendo sus convicciones en la larga historia de la explotación del indígena, le devolvía el protagonismo al tiempo que le rescataba del feudalismo y el capitalismo y, enfrentándose a las teorías ortodoxas, le situaba en el centro del cambio por venir.

Entrado el siglo XX las repúblicas hispanoamericanas habían recorrido un largo camino en el sinuoso derrotero de la formación de sociedades políticas. Nuevos retos, nuevos actores, nuevos proyectos. Para 1930 se abría un abanico de expectativas que no podían dejar de lado el bagaje de lo vivido.